

Don Mateo Clark

Sus últimos días y sus funerales

(Páginas íntimas).

DON Mateo Clark, en los últimos años de su laboriosa existencia, después de tanto viajar por Europa y América, atendiendo personalmente sus vastas negociaciones, se radicó definitivamente en su patria y acostumbraba pasar los inviernos, tan crudos en Santiago, en alguna templada ciudad del norte, en Arica, Caldera o Copiapó, donde logró captarse numerosas amistades, que a porfía se disputaban sus atenciones.

En el año pasado, siguiendo esta ya inveterada costumbre, residió por algunos meses en Copiapó y Caldera, desde donde solía escribirme, satisfaciendo así alguna consulta personal que le hiciera para bien documentar el libro que, con el título *Los Hermanos Clark*, tenía entonces en preparación y ahora en prensa.

Leyendo esas cartas, escritas sin papeles a la vista, queda uno maravillado de su prodigiosa memoria, como que en ellas solía citar incidencias y fechas que nunca fallaban.

En los últimos días de Noviembre de 1928 regresó ya definitivamente a Santiago y ocupó, como de costumbre, su modesta habitación del Hotel France

(Puente 530), no tardando en ocupar sus actividades en la redacción de numerosos artículos de prensa, siempre relacionados con el tema favorito de toda su vida, el *Ferrocarril Transandino*, que eran publicados preferentemente en «El Diario Ilustrado» y ampliamente comentados en los círculos políticos y comerciales de la capital.

Sus escritos no eran en verdad un modelo de redacción; pero siempre contenían ideas y apreciaciones útiles, hijas de su variada y nunca discutida experiencia personal.

Los primeros meses del presente año fueron así muy prolíficos, teniendo todos que admirar la lucidez de su talento y hasta la altivez de sus actitudes, sobre todo cuando se vió envuelto en una agria polémica, con motivo de señaladas apreciaciones y comentarios formulados en el Congreso alrededor de opiniones vertidas por él en uno de sus escritos.

Su salud era pues hasta entonces relativamente buena, y tanto era así que el 26 de Marzo, el día en que cumplió sus 86 años, recibió con toda amabilidad y gentileza el homenaje de sus relaciones y se le vió feliz, con amable sonrisa,

agradeciendo los *bouquets* de flores que corazones amistosos tuvieron a bien enviarle.

Recuerdo que en la citada fecha, me di el agrado de dedicarle en «El Mercurio» un artículo reseñando sus pasadas y laboriosas actividades, el que no tardó en agradecermelo, escribiéndome, de su puño y letra, una carta muy afectuosa, que, sobre lo anterior, tiene el mérito de constatar la firmeza de su pulso y lo bien perfilada de su letra.

Y así pasó el mes de Marzo sin mayores novedades, ni contratiempos.

En Abril enfermó súbitamente y de tanta gravedad, que su médico habitual, el doctor Aureliano Oyarzún, creyó próximo su fin. Sin embargo, una vez más triunfó su robusta naturaleza y después de algunas semanas de zozobra y de cuidada convalecencia, pudo de nuevo volver a sus anteriores actividades de prensa; pero en verdad, desde entonces su intelecto empezó visiblemente a decaer y su salud fué cada día, más y más precaria.

El 28 de Mayo fué para él un día de señalada preocupación con motivo del discurso pronunciado en el Senado por el ingeniero don Manuel Trucco, analizando las modalidades propuestas por el Gobierno para solucionar el problema del *Transandino*, y como él no aceptaba lo que uno y otro sostenían, solicitó, por mi conducto, una entrevista personal con el señor Trucco, cuidando al mismo tiempo de escribir al Ministro de Fomento, don Luis Schmidt, por quien tuvo siempre gran aprecio, una serie de cartas, muy detalladas y de cuyo contenido tuvo la amabilidad de imponerme con posterioridad.

Sus ideas a este respecto eran y siempre lo fueron, muy *extremistas*, hasta estimar que el anterior Gobierno había

sido *sorprendido* por la Compañía explotadora del *Transandino* con la emisión de £ 1.500,000 que él estimaba nada menos que *fraudulenta*.

—Dichas acciones, me dijo en cierta ocasión, las han hecho figurar en los Balances anuales como si la Compañía hubiera pagado su importe, siendo que *jamás* le significaron el desembolso de un penique; sin embargo, los señores Morgan las han utilizado para obtener del Gobierno lo que ellos han deseado, a quien transfirieron £ 1.050.000 de esos *papeles*, haciéndole creer que con ello le cedían el 70 % del valor del *Transandino*, reservándose todavía para sí y demás, el saldo de £ 450,000 en acciones, que ahora pretenden nuevamente negociarlas con el Estado.

Y así pasó todo el mes de Junio y la primera quincena de Julio, tan crudo y helado en la capital, casi recluso en el hotel y saliendo muy rara vez a la calle, en busca de sol y distracciones.

El viernes 12 de este último mes tuvo la amabilidad de invitarme a su mesa y esa fué quizás la primera y única vez que le oí *confesar* su franca decadencia.

—Ya las piernas no me obedecen, me dijo. Ayer salí a la calle y antes de andar tres cuadras me sentí tan fatigado, que creo que tendré que recluirme hasta que llegue la primavera.

Vana ilusión de enfermo, pues precisamente al día siguiente uno de los mozos del hotel lo encontró exánime y tendido sin conocimiento en su propia habitación.

Se le creyó cadáver; pero las atenciones solícitas y oportunas de sus íntimos y los cuidados de su médico, lograron una reacción relativa, ya que su próximo fin estaba desde entonces prácticamente decretado.

Y así pasaron los días 13 a 17 inclu-

sives, en que se le declaró una rebelde bronco-neumonía, agravada por alta y persistente fiebre; sin embargo, tuvo horas lúcidas y tanto es así, que cuando gentilmente fué visitado por el señor Ministro de Fomento, su amigo de muchos años, pudo trabajosamente incorporarse en su lecho para agradecerle su atención y tartamudear aun algunas recomendaciones de moribundo, que él y yo conocemos.

Hasta que por fin llegó la noche del 17, en que, en perpetuo delirio, evocó sin cesar recuerdos de sus hijos ausentes y de su pasado fastuoso de *Queens Gate*, en Londres, y al comenzar el día 18, a la 1.40 de la madrugada, de súbito experimentó su ya aniquilado cuerpo, un visible recogimiento; tras el cual, paseando sobre nosotros una mirada sostenida y febril, sobrevino un suspiro, un hondo y prolongado suspiro que concluyó con su vida...

—¿Era quizás el alma, la etérea alma, que se escapaba de su frágil cuerpo?

—Dios lo sabe. Pero los que estábamos a su rededor no pudimos por menos de mirarnos consternados, y comprendiendo que todo había ya concluído, sin siquiera expresarlo, nos dijimos *in-mente*:
¡Qué triste es la vejez sin hogar!...

* * *

Horas más tarde toda la ciudad sabía y comentaba ya lo sucedido.

El Gobierno, con solícita y plausible determinación, decretó para el extinto honras solemnes, costeadas por el Estado; el Instituto de Ingenieros de Chile, que lo contaba como uno de sus más distinguidos Miembros Correspondientes, acordó velar sus restos en el *Hall* de su palacio y que su Vice-Presidente despi-

diera oportunamente el féretro, y la prensa toda de Santiago y Valparaíso y demás del país, como la de Buenos Aires y Mendoza y demás de la Argentina, enlutaban sus páginas de honor, dedicándole sentidos homenajes de respeto y de afectos.

Fué un luto internacional.

Como el Mausoleo de familia, donde reposan sus padres y sus hermanos, estaba en Valparaíso, hubo acuerdo para llevar allá sus restos y entonces, al partir, el Ministro de Fomento, a nombre del Gobierno, pronunció un sentido y elocuente discurso, en uno de cuyos más hermosos párrafos, dijo:

—Como Colón, como los grandes perseguidores de una idea, los *Hermanos Clark* persiguieron la idea del Ferrocarril Trasandino y después de haber sacrificado por ello su fortuna y casi su vida, alcanzaron por fin a verla realizada, gracias al concurso de los Gobiernos de Chile y Argentina.

—Señores, dijo al terminar, toda una existencia consagrada a un ideal; un pensamiento puesto en su país; un alma recta y sana; una vida ligada al recuerdo de sus grandes obras y al acercamiento de dos pueblos, que nacieron juntos a la vida de la libertad, tal fué don *Mateo Clark*. El pueblo de Chile se inclina respetuoso y agradecido ante sus despojos, y el Gobierno, en nombre de la patria, le da su postrer adiós.

La ceremonia había terminado y el cortejo, a los acordes fúnebres de Chopin, se encaminó lentamente a la estación del Mapocho, desde donde fueron conducidos sus restos a Valparaíso, la ciudad natal, que le dedicó una velada de honor en la Biblioteca Severin y nuevos homenajes de elocuencia, dictados por el Intendente Hermosilla, por el Alcalde Rozas y el Vice Almirante Agui-

re, tras los cuales todo lo mundanal concluyó....

La urna funeraria penetró queda y trabajosamente en el Mausoleo y fué así como los dos hermanos, ausentes ya el uno del otro por espacio de veintidós años, volvieron a encontrarse.

—¿Se dijeron algo?

Cuando la *muerte* es el dintel de la *inmortalidad*, no sólo es una transfiguración, sino una resurrección.

Santiago, 20 de Julio de 1929.